

---

Víctor M. Pérez Díaz

---

## *Cambios sociales y transformaciones culturales*

*(Variaciones sobre el proceso de cambio  
de la Castilla campesina)*

### I

Las comunidades campesinas castellanas no pueden ser consideradas como entidades cerradas, integradas y estables. En realidad, a lo largo de toda su historia, han sido el escenario de múltiples e ininterrumpidos procesos de cambio como consecuencia tanto de presiones externas como de tensiones internas —o más bien, como explicaré a continuación, de determinadas interacciones entre estos dos tipos de factores—. Tales cambios, sin embargo, podían y solían tener lugar sin que se alterase radicalmente el marco tradicional de la vida campesina. Y lo que me importa ahora subrayar es el hecho de que, durante los años 1960, estos procesos de cambio han sido de tal naturaleza que se ha llegado a un punto donde el marco general de la vida en el campo ha quedado amenazado de muerte. Cómo y por qué ello ha ocurrido es el tema principal de estas páginas (1).

---

(1) Este artículo es una elaboración hecha a partir de un trabajo que presenté en un Seminario sobre «Peasants in Europe», organizado por el Council for European Studies y M. I. T., en Dedham, Massachusetts, en 1971; y que he publicado en francés (en la revista *Études Rurales*, núm. 51, 1973) y en inglés (en el libro editado por J. Acebes y W. Douglass *The changing faces of rural Spain*, John Wiley & sons-Schenkman Publ. New

---

Mi análisis responde, por otra parte, a dos orientaciones teóricas de índole muy general. En primer lugar, intento articular una perspectiva estructural y una perspectiva dinámica en el tratamiento de un fenómeno social, y, en este caso, un proceso de cambio. Sin entrar ahora en una discusión de mis supuestos teóricos fundamentales me contentaré con señalar que parto de una consideración del objeto de estudio, las comunidades campesinas, como sistemas abiertos y afectados de tensiones internas o desequilibrios estructurales; y de que, en consecuencia, trato de explicar su transformación como efecto de una *combinación* de factores externos e internos. Nótese que me refiero a una combinación y no a una yuxtaposición o convergencia de factores. Ello significa que trato los factores internos no como meros coadyuvantes de, sino como puntos de recepción y apoyo a, las influencias externas.

En segundo lugar, y a esto se refiere el título de este ensayo, dedicó cierto esfuerzo a explorar las conexiones entre dos dimensiones del cambio estructural: la de los cambios económicos, sociales y políticos, y la de las transformaciones culturales (es decir, de los sistemas de percepción y evaluación de la realidad).

La sociedad rural española ha sido caracterizada alguna vez (Pitt-Rivers, 1963: 19) como polarizada en torno a dos tipos de comunidades: la comunidad vasca, prototipo de las comunidades del Norte (Caro Baroja, 1958; Douglass, 1969), y la comunidad andaluza, prototipo de las del Sur (Pitt-Rivers, 1954; Caro Baroja, 1963). El pueblo castellano escapa, sin embargo, a esta dicotomía; más aún: es un tipo de comunidad no sólo irreductible a las del Norte y las del Sur, sino que también se resiste a ser encasillada como figura intermedia o transicional entre una y otra. Es una comunidad estructuralmente distinta.

---

York, 1976). Sin embargo, a la altura de 1977, no he querido simplemente traducir al castellano aquel texto de 1971-72. Lo que he hecho ha sido traducirlo libremente, abreviar algunos pasajes, y volver a redactar y desarrollar, a veces considerablemente, otros. El resultado es un artículo próximo, pero distinto del original, en el que enfatizo los aspectos culturales del proceso de cambio. De aquí su título.

Es cierto que los pueblos andaluces y castellanos tienen un sistema de cultivos bastante similar de tipo mediterráneo (con predominio de trigo, olivos y viñas), y el mismo sistema de herencia; y que en ello se oponen al policultivo atlántico y a la indivisibilidad de casa y tierra propias del país Vasco. Pero, por otra parte, también se observa en Castilla, y sobre todo en Castilla la Vieja, un predominio de la mediana y pequeña propiedad semejante (aunque no idéntico) al que se observa entre los vascos, con quienes los castellanos comparten asimismo, o han compartido durante mucho tiempo, valores y actitudes políticas y religiosas de carácter conservador; todo lo cual contrasta claramente tanto con el sistema latifundista andaluz, como con las disposiciones políticas y religiosas de parte muy considerable de la población rural andaluza (Díaz del Moral, 1929). Finalmente, tanto por el tipo de hábitat como de estructura social, el pueblo castellano se diferencia acusadamente de las comunidades vascas y andaluzas. La población concentrada en un «casco urbano» del pueblo de Castilla contrasta con el paisaje vasco de caseríos aislados y distantes del burgo, así como de la casi-ciudad («agrotown») andaluza. El contraste refleja profundas disparidades entre las estructuras sociales de unos y otros. A la dualidad andaluza entre el pueblo grande y el cortijo corresponde una estructura social definida por la máxima distancia entre tierra y trabajo, entre latifundistas y proletariado rural, cuyo antagonismo, latente o manifiesto, ha dominado y domina la vida de la comunidad. Al extremo opuesto encontramos la relativa homogeneidad de la estructura social rural vasca. De uno y otro modelo se distingue lo que ocurre en Castilla, donde la diferencia social central es la que se da entre el campesinado (en sentido estricto, es decir, la clase de medianos y pequeños propietarios que cultivan sus fincas) y los obreros agrícolas.

Todavía en los años 50 la vida del pueblo castellano estaba basada sobre un sistema económico caracterizado por la empresa familiar de alrededor de unas 15 a 20 hectáreas, en las que se cultivaba trigo y otros cereales (y en menor medida olivares y viñas), sobre terreno de secano y con una tecnología tradicional, obteniéndose rendimientos

---

inferiores en general a los 10 Qm. por hectárea. El campesino empleaba una mano de obra relativamente abundante sólo en tiempo de recolección, y vendía en el mercado (o, más bien, sobre todo, en un mercado intervenido) algo más de dos tercios de su producción (Pérez Díaz, 1966: 51-75; 1971: 55-60).

Este sistema presentaba dos características merecedoras de especial atención. En primer término, su funcionamiento, e incluso su supervivencia, estaba basada en la acción de dos factores externos: en la estabilidad del mercado del trigo, el cual dependía a su vez de la política del Gobierno; y en la estabilidad del mercado laboral agrícola, el cual dependía de la demanda de mano de obra por parte de las industrias (y las empresas de servicios) radicadas, sobre todo, en zonas urbanas —y particularmente de industrias dispuestas a absorber mano de obra poco calificada, como, por ejemplo, las de la construcción—. Pero, en segundo término, conviene añadir que, incluso durante la época en la que tales factores externos fueron favorables para la agricultura (es decir, en la época en la que la agricultura castellana podía contar con una demanda segura para sus productos y una mano de obra relativamente abundante y barata), las posibilidades de progreso y de acumulación de capital fueron siempre muy reducidas, de tal forma que el sistema podía, sí, sobrevivir y reproducirse, pero no, o apenas, desarrollarse.

La población rural castellana comprendía, y aún comprende, un amplio espectro de posiciones sociales, lo que incluye a grandes propietarios, campesinos y obreros agrícolas, pero también a una población de gentes ocupadas en (pequeñas) industrias y servicios tanto del sector público como del sector privado. Concentraré mi atención en este trabajo sobre las dos clases de campesinos y (en menor medida) de obreros agrícolas, lo cual significa también que la concentraré sobre pueblos medianos y pequeños, ya que en los pueblos grandes la presencia de la población no agrícola reviste una gran importancia (2).

---

(2) En Tierra de Campos, por ejemplo, la población obrera agrícola constituía el 16 por 100 de la población activa en pueblos de menos de 1.000 habitantes; el 31 por 100 en

Con esta reserva, cabe decir que campesinos y obreros son, aún, los protagonistas de la mayor parte de las comunidades castellanas, y que, por consiguiente, el núcleo del sistema de relaciones sociales en estas comunidades consiste, ante todo, en una serie de relaciones de diferenciación, complementariedad y antagonismo entre estas clases. Esta dimensión «clasista» se combina, sin embargo, con otras para constituir los rasgos propios de la estructura social del pueblo castellano. Ante todo se combina con el modelo de «particularismo familiar» que caracteriza la clase campesina, y cuya influencia se extiende a toda la comunidad. Y de forma, hoy, menos acusada también está vigente un «principio de comunidad» que se manifiesta, sobre todo, en (algunas de) las relaciones con el exterior.

Trataré de matizar un poco más lo que acabo de decir. Aunque haya campesinos y obreros en todos los pueblos, no se distribuyen, sin embargo, de igual modo entre todos ellos. Los obreros suelen concentrarse en pueblos «grandes» (de más de 2.000 habitantes) donde pueden llegar a ser cerca de la mitad (o incluso a veces más de la mitad) de la población activa. Por el contrario, los pueblos medianos, y sobre todo pequeños, pueden considerarse como «pueblos campesinos»: son pueblos donde los campesinos no sólo controlan la mayor parte de los recursos (a comenzar por la tierra), sino que son, además, los más numerosos y donde el modelo del «particularismo familiar» puede observarse con mayor claridad (Pérez Díaz, 1966) (3).

Aun cuando todavía podamos encontrar en estos pueblos restos, a veces de cierta importancia, de un antiguo «colectivismo agrario», y, evidentemente, también, unos sentimientos de comunidad y de identidad local, sin embargo, tales pueblos presentan en su vida cotidiana una estructura social considerablemente atomizada y dispersa, y parecen

---

pueblos de entre 1.000 y 2.000, y el 47 por 100 en pueblos de más de 2.000 (1964) (Pérez Díaz, 1971:71).

(3) Una discusión *in extenso* en Pérez Díaz, 1966. Para el contraste entre este modelo y el modelo de amoralismo familiar de Banfield (Banfield, 1967), ver Pérez Díaz, 1972:135-136 n. Para otras interpretaciones, ver Freeman, 1970; Brandes, 1975, y para un desarrollo posterior de la discusión *cfr.* Pérez Díaz, 1976a.

más bien componerse de (o descomponerse en) un agregado o serie de familias que persiguen sus intereses particulares en un clima de competición y escasa solidaridad. El principio del interés familiar regula el funcionamiento del sistema económico, pero también regula el del sistema de parentesco, orienta las opciones matrimoniales, determina las reglas de noviazgo, conforma el conjunto de la vida social y de la circulación de la información y dificulta los intentos de cooperar y poner en marcha organizaciones de índole local o regional. Cabe argüirse también que este particularismo familiar, combinado en una forma determinada con una grave dependencia de los mercados exteriores del trigo y de mano de obra, está en el origen de un fenómeno de «alienación política» —pero sobre esto volveré, brevemente, más adelante.

Al mismo tiempo, este sistema de particularismo familiar implica, como ya he apuntado antes, tensiones internas importantes: tensiones entre los grupos familiares a propósito de la producción y distribución de información, así como de recursos económicos y sociales; tensiones, que parecen asimismo endémicas, entre generaciones, entre sexos y, por supuesto, dentro del propio grupo familiar. Todas ellas explotan a veces en conflictos abiertos, pero, con mayor frecuencia, se mantienen en un estado latente o de baja actividad, dando lugar a los correspondientes comportamientos ambiguos y actitudes ambivalentes, las cuales pueden encontrar, a su vez, una forma privilegiada de expresión en el folklore rural (*Ibid.*; 97-104).

Bajo la apariencia de un sistema construido en base a ajustes y complementariedades, sancionado por una larga tradición y justificaciones de varia índole, lo que se descubre, en fin de cuentas, es un sistema de tensiones de clase y de compromisos siempre amenazados entre tendencias bastante dispares. El interés familiar, por ejemplo, puede ser llevado hasta un extremo en el que pone en cuestión la comunicación y, en último término, la comunidad local; mientras que en el interior de esta tendencia se nutre una corriente individualista que erosiona a su vez el propio grupo familiar. Varios mecanismos de control (uno de los

---

cuales es un fuerte sentimiento de igualitarismo) deben ponerse, y son puestos de hecho, en funcionamiento para limitar aquellas tendencias «disolventes» y garantizar la supervivencia del sistema.

## II

Los cambios de los años 60 (que han continuado a menor ritmo en la década actual) corresponden a una fase de aceleración dentro de una línea de tendencia secular. Se trata de lo que se ha podido caracterizar como el paso de «la cantidad a la calidad»: el salto cualitativo que tiene lugar cuando un proceso previo de erosión se ve agravado a causa de una serie de circunstancias, lo que tiene como consecuencia que lo que parecía hasta entonces una estructura firme y consolidada se revele repentinamente vacía, obsoleta y en trance de derrumbamiento. Llegados a este punto el cambio resulta 'espectacular': no sólo visible para expertos y teóricos, sino obvio para los propios participantes.

La sociedad rural que llamo aquí «tradicional» es la que surgió a lo largo del siglo XIX como resultado de la descomposición de la sociedad rural del antiguo régimen, consecuencia, a su vez, de varios procesos de crecimiento demográfico, expansión de cultivos, desamortización y otros. Esta sociedad había sido erosionada lentamente y con algunas interrupciones, pero también de manera muy profunda por el desarrollo urbano e industrial. Lo que ocurrió en la década de los 60 fue justamente la fase final de ese proceso de erosión, y con ello el colapso de aquel orden tradicional.

La aceleración final se debió a una combinación de factores entre los cuales la emigración jugó, como he explicado en otras ocasiones (Pérez Díaz, 1966; 1971, 1974), un papel principal. La emigración fue, más que un mero factor, un catalizador del cambio: introdujo, por supuesto, en dosis masivas y con urgencia elementos de la cultura urbana e industrial, pero, sobre todo, obligó a alterar las bases tecno-

---

lógicas de la economía rural, y, con ello, la estructura de los intercambios y de las actividades productivas, y la estructura social de la comunidad. No quiere ello decir que la emigración actuara como un factor aislado: operó, por el contrario, en el contexto de una ampliación, y una modificación, del sistema de comunicaciones e intercambios de todo tipo entre el medio urbano y el medio rural —conjuntamente con factores tales como el incremento de información a través de *mass media*, el cambio en la estructura de la demanda de productos agrarios, las modificaciones de forma y contenido de los mensajes religiosos y otros varios.

Nos encontramos, pues, en presencia de un conjunto de cambios, cuya dimensión y cuyo ritmo difieren cualitativamente de los de otras épocas. En el pasado, por lo general, los cambios tenían lugar en tiempos y a ritmos diferentes según afectasen a unos u otros aspectos de la vida rural (4). De este modo el sistema social, en su conjunto, era capaz de incorporarlos y de persistir. Se trataba, desde este punto de vista, de un sistema en «equilibrio móvil». La cuestión está en que, dada la concentración y la urgencia de los cambios de hoy, ese equilibrio se ha roto.

Describiré ahora no todos los aspectos de esta ruptura, sino solamente algunos, y esbozaré las articulaciones que existen entre ellos. Lo que me interesa es resaltar la forma de esta ruptura como una secuencia articulada y multidimensional.

La emigración rural no es un fenómeno exclusivo de los años 60. Sin necesidad de entrar en el tema de las migraciones propias del antiguo régimen, es obvio que, en tanto que fenómeno concomitante con el desarrollo urbano e industrial, los efectos de la emigración rural se hicieron sentir desde la segunda mitad del siglo pasado, y llegaron a revestir considerable importancia en los años 20 de este siglo. Después de la guerra civil el movimiento se interrumpió durante unos años, para reanudarse de nuevo, cada vez con mayor pujanza, en los años 50. La emigración de los 60 se caracteriza, como ya señalé, por un incremento cuantitativo, pero,

---

(4) Ver, por ejemplo, Freeman, 1965:144.



sobre todo (y en parte a causa precisamente de ese incremento), por su «cambio de función» en la vida rural. En el pasado la emigración operó como una válvula de escape para los excesos de población agrícola y tuvo, por tanto, un efecto estabilizador del sistema. En los últimos años ha sido, y es, en cambio, un factor extremo de desequilibrio.

Un índice significativo de la emigración rural de esos años 60 ha sido la disminución del porcentaje de la población agrícola sobre la población activa total: 48 en 1950, 42 en 1960, 32 en 1965 (Instituto Nacional de Estadística, 1966). Este descenso ha afectado, sobre todo, a los trabajadores agrícolas: su porcentaje dentro de la población agrícola se redujo, de 47 en 1950, a 44 en 1960, y a 34 en 1965. Pero, en último término, el descenso se ha referido a la totalidad de la población rural (y no sólo a los activos agrarios). Así, la población emigrante de Tierra de Campos entre 1961 y 1964 incluyó (a) el 10,4 por 100 de la población total de 1960; (b) gentes de todas las edades (el 13,9 por 100 de los de 15 a 30 años; el 11,6 de los de 30 a 45; el 10,1 de los de menos de 15; el 5,9 de los de 45 a 60; y el 4,3 de los de más de 60); (c) gentes de todas las profesiones, aunque fueran mayoría los obreros agrícolas (17,6 por 100 de los obreros de la región; 12,6 de los activos no agrarios; 4,3 de los labradores propiamente dichos); (d) casi tantas mujeres como hombres (46,6 por 100 del conjunto emigrante eran mujeres y 53,3 eran hombres); (e) habitantes de todo tipo de pueblos, pequeños o grandes (11,8 por 100 de los habitantes en pueblos de menos de 500 habitantes; 9,8 de los de pueblos de entre 500 y 2.000; 8,3 de los de pueblos de más de 2.000), con regadío o sin él (Pérez Díaz, 1971: 81, 100, 92, 105; 1969: 292).

Pero dentro de esta emigración rural la de los obreros agrícolas ha sido no sólo el componente más numeroso, sino también el de importancia más destacada: el primer paso, y el decisivo, en la secuencia del proceso migratorio.

La emigración obrera fue la consecuencia de una confluencia de factores externos e internos, de carácter sobre todo, aunque no exclusivamente, económico.

---

Había por una parte una presión latente hacia la emigración a causa de las condiciones económicas y sociales en que se desarrollaba la existencia de los obreros agrícolas: subempleo, salarios mínimos, hacinamiento, inferioridad social —combinadas con las de su subordinación y relativa indefensión política, acentuadas aún más, si cabe, como resultado de la guerra civil—. Que todo ello era vivido con la mezcla de resentimiento y de resignación de quienes no tienen por el momento otra alternativa, parece ser lo que se desprende de los testimonios más numerosos y más fiables de la época. No había, o apenas, edificio cultural o ideología alguna que persuadiera a los obreros de que permanecer en la tierra y en el pueblo en tales condiciones era quedarse a vivir una vida digna. La población obrera agrícola de los años 40 y 50 era una población que sobrevivía en el campo, pero que estaba muy débilmente enraizada en él: una población con una fuerte disposición a la movilidad y a la espera de una oportunidad.

La «gran oportunidad» tuvo lugar en los años 60, como consecuencia de la apertura del mercado de trabajo de la Europa comunitaria y del impulso a la industrialización del país (tanto de la industria manufacturera como, quizá especialmente, de la construcción).

Esta emigración obrera fue el factor fundamental de impulso a la mecanización del campo, provocando transformaciones drásticas en la tecnología, la economía, la estructura social y la cultura del medio rural. Fue asimismo un factor muy importante (aunque ciertamente no el único) que influyó sobre la emigración de los campesinos y de la población no agraria. Este efecto multiplicador de la emigración obrera tuvo lugar por el intermedio de varios mecanismos, siendo el principal de ellos la presión que tal emigración ejerció sobre los campesinos para que éstos mecanizaran sus explotaciones: una presión que muchos de ellos no pudieron soportar y les obligó, a su vez, a dejar sus tierras.

Este mecanismo no fue otro que el de la presión de costes salariales, que se elevaron a consecuencia de la reducción de la oferta de mano de obra agraria. El índice de

---

los salarios agrícolas pasó de 100 a 227 entre 1957 y 1963 (y de 100 a 152,3 entre 1964 y 1968) (Ministerio de Agricultura, 1964; 1969). Ahora bien, hay que tener en cuenta que las necesidades de trabajo de la agricultura cerealista tradicional eran, al menos para la recolección, muy considerables: se ha calculado que con el utillaje tradicional eran necesarias 641 horas de trabajo para hacer la cosecha de una hectárea de trigo. La elevación al doble, y al triple, de los salarios agrícolas en el lapso de unos pocos años era, pues, incompatible con estos *inputs* de trabajo humano y, por consiguiente, con el utillaje tradicional que les hacía necesarios. De este modo, la emigración obrera obligó a la difusión masiva de la mecanización en las mesetas de Castilla.

Las consecuencias tecnológicas, económicas y organizativas de esta mecanización, y concretamente del tractor, fueron múltiples y profundas, afectando al contenido de operaciones agrícolas, a los ritmos y modalidades del trabajo, a los sistemas de control de la marcha de la explotación, a la estructura de los intercambios entre la explotación y el mundo exterior, etc. Menos explorados, pero no menos ciertos, han sido sus efectos sobre los sistemas de percepción y de evaluación de la realidad circundante, efectos que se sitúan, obviamente, en la línea de una sobrevaloración de los modelos propios de la vida urbana y las actividades industriales. Pero en este momento enfocaré mi atención hacia algunos de sus efectos sobre la estructura social.

Se ha estimado en unas 50 hectáreas aproximadamente la dimensión mínima que una explotación del secano español debe tener para que la compra de un tractor medio esté justificada económicamente. Por debajo de ese límite el tractor es subempleado; su coste, excesivo; su rendimiento, escaso, excepto que se le alquile a otros campesinos, pero, puesto que lo que aquí nos interesa son las líneas maestras del argumento, dejaré aparte el supuesto del arrendamiento del tractor. Quiere ello decir que la mayor parte del campesinado castellano sólo ha podido mecanizarse en condiciones antieconómicas: por ejemplo, el 88,6 por 100 de campesinos de Tierra de Campos está al frente de explotaciones inferiores a las 50 hectáreas (reuniendo entre

---

todos ellos el 43 por 100 de la superficie cultivada de la región). Estos pequeños (y, de acuerdo con los criterios tradicionales, medios) campesinos se han enfrentado con una opción entre las siguientes posibilidades: (a) resistir durante cierto tiempo, usando varios mecanismos, que nunca han sido debidamente estudiados, entre los que se incluye la «autoexplotación» o sobreexplotación del trabajo familiar; (b) emigrar, y (c) organizar, en una forma u otra, cooperativas de producción agraria.

Es evidente que la mecanización por parte de los más pudientes, junto con la puesta en marcha de estas opciones por parte de los campesinos que no pueden mecanizarse, ha perturbado la estructura social de la comunidad campesina, impulsando varios procesos complicados de diferenciación social.

Por una parte se ha asistido a la diferenciación cada vez mayor de las capas superiores de los campesinos medios (por no hablar de los considerados, tradicionalmente, como campesinos «ricos», es decir, en este caso, los que tendrían más de unas 100 hectáreas), que sí han podido mecanizarse, respecto a los campesinos medios y pequeños, que no han podido hacerlo. Aún más neta y amplia es la distancia que se ha abierto al obrero agrícola entre su situación y sus aspiraciones de convertirse en un campesino: el campesino con 15 hectáreas y una yunta de antes era un modelo de difícil acceso; el campesino con tractor y 50 hectáreas de ahora es un modelo imposible.

Y sin embargo, al mismo tiempo, es claro también que la distancia se ha reducido entre los pequeños campesinos y los obreros, al menos en la medida en que unos y otros se han orientado hacia la emigración como la respuesta a muchos de sus respectivos problemas. Quizá la emigración de unos y otros no se haya dado exactamente en las mismas condiciones; pero, a largo plazo, el horizonte es muy similar, y la mayor parte de ellos acaba pensando que el porvenir de sus hijos se juega entre las oportunidades de trabajo en la industria y las oportunidades de la escuela en el medio urbano.

---

Nosotros podemos distinguir más o menos claramente entre estas clases y estratos, y entre los varios elementos y dimensiones de los procesos de diferenciación. Vistos, sin embargo, «desde dentro» de la experiencia rural, en la que estas clases y estratos, estos elementos y dimensiones, se solapan e interpenetran (y en buena medida se confunden) unas con otras, lo que se ha podido y se puede observar, al menos durante un período transicional relativamente largo, es un grado considerable de incertidumbre, de tal forma que la distinción, otrora relativamente clara, entre campesino o labrador y obrero se ha vuelto un tanto ambigua.

Puede hallarse un reflejo de esta (limitada) ambigüedad en el valor concedido al matrimonio preferente dentro de la clase campesina: una orientación tradicional que ha perdido recientemente gran parte de su eficacia. Esta pérdida queda ilustrada por un caso paradigmático a que hace referencia Siguán (1966; 198), y que yo he analizado en otro lugar (Pérez Díaz, 1974). Se trata, en resumen, de la pequeña historia de un obrero agrícola, un pastor, cuya propuesta de matrimonio a la hija de un campesino había sido lógicamente (es decir, según la lógica de funcionamiento del sistema tradicional de parentesco) rechazada por el campesino en cuestión. Que tal incidente hubiera tenido lugar, y que incluso (en parte) como consecuencia del despecho que ello le ocasionara el pastor hubiera emigrado, era algo normal, y, por así decirlo, banal, desde el punto de vista del pueblo. Lo que convirtió esta historia banal en un incidente extraordinario que tenía obsesa a la opinión pública en la época en que Siguán y su equipo trabó contacto con el pueblo fue la continuación de la historia. Porque esta continuación combinó la ascensión social del pastor emigrante con el estancamiento del *status* del campesino y de su hija (casada efectivamente con otro campesino) que se había quedado en el pueblo, y culminó en la vuelta del emigrante como *veraneante*.

Las repercusiones del contraste entre ambos procesos de movilidad (o más bien entre el proceso de movilidad ascendente y el proceso de estabilidad social) sobre el sistema de valores del pueblo son evidentes. La experiencia

---

resulta en una devaluación de los valores tradicionales tales como la propiedad de la tierra y la residencia en el pueblo, y una revalorización de la conducta de quien no tiene y/o abandona esos bienes, es decir, del emigrante, quien conseguirá así cotas más altas de valor (bienestar, oportunidades educativas para los hijos, dinero en el bolsillo, vacaciones, prestigio). La asociación entre experiencias, valores y recompensas ha cambiado. En el pasado, propiedad de la tierra-residencia en el pueblo-conducta estable se asociaban a poderes, seguridad, prestigio y, en términos generales, lo que podemos considerar el equivalente a «éxito». Tal era la experiencia típica del labrador acomodado o del campesino medio. La del obrero agrícola, y no digamos la del pastor itinerante, que abocaba finalmente a la emigración, representaba todo lo contrario. En las circunstancias actuales el pueblo asiste entre incrédulo y fascinado a la inversión de aquella estructura; y éste es el motivo de su obsesión con la historia. Como si ahora quedarse con la tierra y en el pueblo fuera condenarse al «fracaso».

Una de las maneras, sin embargo, como, en las presentes circunstancias, los medianos y los pequeños agricultores «no mecanizables» intentan mantenerse en la tierra, sin perder tampoco su status y sin renunciar a los prestigios de la «modernidad», es precisamente a través de la constitución de cooperativas de producción agraria. Estas cooperativas son, desde esta perspectiva, el resultado de una estrategia de defensa y conservación (bajo nuevas formas) de la clase social campesina.

La experiencia de estas cooperativas ha sido analizada desde un punto de vista agronómico y económico, pero apenas desde el punto de vista que nos interesa aquí. Lo que quiero ahora es subrayar el hecho, solamente, de que esta estrategia de *conservación* por parte de los campesinos medios y pequeños sólo puede realizarse a través de *transformaciones* importantes, e implica, por tanto, una serie de tensiones internas: tensiones entre socios cooperativos con mayores o menores recursos para ejercer control sobre y extraer beneficios de la cooperativa (lo que depende de la potencia económica de unos y otros, pero también de otros

---

factores tales como, por ejemplo, las redes familiares que se establecen en el interior de la cooperativa); tensiones entre socios trabajadores y socios rentistas; tensiones entre socios residentes y socios ausentes o emigrantes.

Téngase en cuenta, además, que estamos ante una estrategia que incluye de un lado un objetivo de conservación de unidades familiares cuyos hábitos y cuya percepción de la realidad es profundamente particularista, y de otro un instrumento, la cooperativa misma, que implica una práctica de colaboración y organización interfamiliar a la que da forma y refuerza una ideología (de alguna forma) «colectivista».

El resultado de todo ello es que las cooperativas son, en este momento, el escenario de una serie de compromisos de éxito muy variable, cuya supervivencia económica no está asegurada, y que puede tener efectos muy diversos sobre la estructura de la sociedad rural: pueden configurarse como enclaves de «sociedades anónimas» en medio rural, o pueden resultar en una especie de «neocolectivismo agrario» (5).

La modernización de la actividad económica se ve acompañada de cambios en el proceso de socialización y en los modelos de consumo de la sociedad rural. Es ésta una experiencia que los campesinos castellanos han compartido y comparten con otros muchos grupos campesinos de tiempos y lugares muy diversos.

Por supuesto que en estas nuevas circunstancias la escuela, el cursillo profesional y la asistencia por parte de agrónomos y expertos tiende a desplazar los mecanismos tradicionales por los que se transmitían los saberes propios del oficio agrícola. Es claro, por tanto, que, sobre todo en el proceso de transición, el padre pierde su posición central en la transmisión del oficio. Pero si el padre campesino encuentra reducida su influencia moral y con ella su autoridad en el seno de la familia, ello se debe a causas más

---

(5) Puede verse un análisis de estas tendencias en Pérez Díaz, 1974:58-124; y García Fernández, 1971.

generales y más profundas. No puede seguir siendo, como lo fue siempre, el modelo de referencia para los hijos y el intérprete de la sabiduría colectiva acerca de lo que se debe hacer o conviene hacer. Esa sabiduría no tiene ya curso, como una moneda depreciada, de manera que el padre y los adultos en general son ahora adultos indecisos y sin criterios firmes. No puede el campesino presentarse como modelo ante sus hijos cuando lo que espera de ellos es: de unos, que emigren, y de otros, que aprendan en la escuela o fuera de ella lo que él nunca llegó a saber.

A este descenso de lo que yo llamaría el volumen de las reservas de legitimidad de la autoridad paterna en la familia corresponde un descenso paralelo en la preeminencia reconocida de los adultos sobre la generación más joven. Esta alteración en la estructura de las relaciones intergeneracionales contrasta, sin embargo, con el hecho de que justamente ahora, cuando los jóvenes son relativamente más importantes, es cuando los pueblos tienden a quedar sin gente joven, que es atraída por la ciudad y por la industria.

La modernización de las casas, y en general del hábitat rural, ha sido también un fenómeno ampliamente extendido en los últimos quince años. La difusión de aparatos electrodomésticos, por ejemplo, ha sido rápida y masiva. Entre 1966 y 1969 parece ser que el porcentaje de población agrícola con nevera pasó de 5 a 33; con lavadora eléctrica, de 10 a 22; con televisión, de 8 a 33 (Informe Foessa 1970: 364).

La difusión de aparatos domésticos, así como la de mobiliario y tipos de construcciones modernas, expresa y refuerza el proceso de diferenciación social antes aludido en el seno de la comunidad. El impacto de esta difusión, por otra parte, sobre el volumen de interacción social ha sido variable, pero, en general, parece que tiende a reducir la interacción social en el interior de la comunidad: la lavadora eléctrica instalada en el hogar, por ejemplo, hace innecesario acudir al lavadero público, lo que había sido, tradicionalmente, ocasión importante de comunicación y contacto de las mujeres entre sí y con el mundo exterior; el agua corriente hace innecesario acudir a la fuente pública; la

---



televisión puede reducir la frecuencia con que se vaya al bar y la intensidad de la comunicación entre los asiduos al bar.

El ejemplo de la televisión, sin embargo, hace patente otra de las dimensiones fundamentales de este proceso de modernización de la vivienda familiar: puede reducir la relación en el interior del pueblo, e incluso de la familia (o al contrario; según las circunstancias: proporcionar temas a la conversación familiar), mientras que, al mismo tiempo, intensifica la relación con el exterior. Los efectos de esta exposición de los campesinos a la televisión distan de ser bien conocidos. La televisión transmite no uno, sino varios mensajes, y, con alguna frecuencia, mensajes contradictorios entre sí. El sentido general de esta influencia puede presumirse que es el de un reforzamiento de los valores urbanos e industriales —amén de servir, por supuesto, como vehículo para un adoctrinamiento político de carácter más o menos específico—. Pero de cuál sea el contenido del mensaje televisivo en sí *no* cabe deducir, simplemente, cuál sea el *efecto* que este mensaje tenga sobre los campesinos. La conciencia del campesino no es una «tabula rasa». Por el contrario, esta conciencia selecciona y reconstruye los mensajes televisivos (y, por supuesto, no televisivos), dentro de ciertos límites, de acuerdo con un sistema de percepción y valoración previo.

En las circunstancias presentes la televisión tiende a crear, me parece, un efecto ambiguo. Una parte considerable de los mensajes televisivos se refiere a una experiencia muy alejada de la experiencia rural, que, sin embargo, a causa de la propia manera como se presentan, no pueden ser considerados como simplemente «irreales» o «falsos». Su status es semejante al de los cuentos de hadas de la infancia, a medio camino entre lo familiar o cotidiano y lo «meramente» fantástico. Pero lo que me interesa aquí subrayar es que una vez admitido este status que, por el momento, llamaré de «semirrealidad», para la experiencia televisiva, un status semejante se extiende, a su vez, a la experiencia cotidiana. Es decir: que a la semirrealidad del mensaje televisivo corresponde *otra* semirrealidad de, valga la paradoja, la «realidad por antonomasia»: es decir, la realidad

---

cotidiana del sentido común del pueblo (6). ¿En qué sentido, y hasta qué punto, esto es así? En el sentido, y hasta el punto de que, cada vez más, lo que *no* está en la televisión pierde *algo* de su realidad y de su prestigio o su valor, como un edificio pierde algo de su realidad de edificio cuando se arruina, y una tierra parte de su realidad de tierra cuando se queda yerma. Y nótese que lo que *no* está, casi nunca, en esta televisión es el propio campo y el propio campesino —y cuando lo está, o bien es irreconocible, o bien se le presenta como algo que no es como debe ser (porque «debe progresar») o que está dejando de ser lo que ha sido siempre («modernizándose»).

Toda nuestra argumentación nos conduce, pues, una y otra vez, por varias vías, al tema de los cambios que han tenido y tienen lugar en el modo de percepción y el sistema de valores de los campesinos, lo que cabría llamar la cultura campesina (usando el término «cultura» más en la tradición de los sociólogos que en la de los antropólogos, quienes tienden a usar un concepto de cultura mucho más extenso).

Debe observarse, ante todo, que estos cambios culturales no han aparecido como resultado de los cambios económicos y sociales de los años 60. Por otra parte, tampoco estos cambios serían explicables, sobre la base de una situación previa en la que las culturas rural y urbana (o, más bien, rurales y urbanas) se distinguieran de una forma radical. Lo que estos cambios presuponen, más bien, es una historia muy larga de comunicación y de influencia recíproca entre ambientes rurales y urbanos, con una marco de referencia y una serie de valores comunes. En sociedades como la española el mercado, el Estado, la iglesia, han sido instituciones que han influido sobre, y han operado en, ciudades y aldeas durante muchos siglos y han puesto a unas y otras en comunicación ininterrumpida, la cual se ha intensificado, a su vez, notablemente en los últimos cien años (7).

---

(6) Sobre el tema de la realidad cotidiana y «otras realidades» campesinas *cfr.* Pérez Díaz, 1976b.

(7) En este y en los párrafos siguientes resumo los grandes rasgos de un proceso que, en rigor, habría de descomponer entre varias fases. Sobre este tema *cfr.* Pérez Díaz, 1976a.

La mecanización, la modernización de las casas, y la propia emigración presuponen, en efecto, una evaluación positiva de aspectos fundamentales de la vida moderna. Y todo ello sólo puede comprenderse en el contexto de este entrelazamiento de ciudad y campo durante períodos de tiempo sumamente largos. Es obvio que los campesinos tratan de maximizar los resultados económicos de la cosecha mediante su venta en el mercado, y tratan de maximizar su bienestar mediante la compra de aparatos electrodomésticos que reducen su tiempo de trabajo, etc. Todo esto se expresa en afirmaciones igualmente obvias, y banales, tales como la de que «a todo el mundo le gusta vivir bien», y que los campesinos son en esto «como todo el mundo» —donde «todo el mundo» es la gente de la ciudad, y «vivir bien» es vivir con dinero y con comodidades a la manera urbana—. Pero la cuestión es ésta: esa obviedad no es de hoy. Era ya una obviedad en los tiempos de nuestro rey don Felipe II, en una época en la que los labradores medios también hablaban y vivían en términos de vender y de comprar, de aumentar haciendas, mejorar sus casas, etc., etc., junto, todo hay que decirlo, con otras muchas cosas: como, por ejemplo, con los sentimientos de honra campesina teñidos de resentimiento contra el hidalgo, y contra el residente urbano sospechoso de judaizante, etc. La obviedad de hoy tiene un énfasis más intenso y un ámbito más amplio, pero ha estado ahí y permanecido ahí, en la vida rural, con una dimensión menor y combinada con otros temas durante todos estos siglos.

Lo que hay que señalar es, una vez más, que el cambio es intensificación y ampliación de elementos ya existentes, y combinación con otros nuevos, hasta que llega un punto en que la estructura del sistema de principios y de valores queda transformada.

Ante todo ha tenido lugar una especie de ensanchamiento o ampliación del mundo para el campesino. Algunos aspectos de este proceso de ampliación son obvios: los viajes, por ejemplo, no son ya un acontecimiento extraordinario, sino un componente habitual de la vida corriente: el mundo exterior se acerca a la casa, y se introduce en ella, a

---

través de mass-media, sobre todo la televisión, etc. Pero lo que quiero ahora es llamar la atención sobre un aspecto menos evidente de ese proceso de ampliación: me refiero a la percepción campesina de ese mundo exterior como un mundo en expansión, desarrollo o progreso indefinido, que se mueve, por así decirlo, en un sentido ascendente, y que está repleto de «posibilidades» que «se» realizan y que parecen ir cada vez a más (marcas deportivas, éxitos sociales, ingresos económicos, bienes de consumo, instrucción, etc., etc.). Lo que ahora sucede es que el campesino acaba haciendo suyo un proyecto de «ascenso» o «progreso» que está basado, tácitamente, en una relación entre su destino y el destino de ese mundo circundante en expansión. Aparece así la categoría del «éxito», que como tal apenas existía (o tenía, más bien, un carácter marginal) en el mundo tradicional, donde las categorías dominantes eran la de vivir según la propia condición, tener una vida digna, entrar, todo lo más, en la esfera de labradores honrados o de las personas respetables, etc.: categorías todas ellas que pertenecían a un mundo de «bienes limitados» y de asignaciones de recursos relativamente rígidas.

Que esta percepción esté relacionada, a su vez, con una valoración *positiva* de la realidad en cuestión es evidente; pero esta valoración no puede darse por supuesta, y contiene en rigor varias dimensiones y aspectos distintos.

Antes me he referido a una corriente secular de valoración campesina de las transacciones económicas y las comodidades domésticas: de la «riqueza», en una palabra. Pero, junto con ello, hay que registrar una «contracorriente» de devaluación de la riqueza, y del mundo en general, que se ha dado también en la experiencia campesina. Las relaciones entre ambas morales campesinas son complicadas, y su análisis, que he hecho en otro lugar (Pérez Díaz, 1976 b), nos llevaría aquí demasiado lejos. Para los propósitos de este estudio pueden bastarnos las observaciones siguientes.

El mundo, la riqueza, la vida en general, han sido objeto de devaluación en determinadas situaciones de la experien-

---

(8) Sobre el tema de «la idea del bien limitado» ver Foster, 1965.

cia campesina tradicional, generalmente en conexión con, o dependiendo de, la intervención de la iglesia y sus representantes —una devaluación que, en la lógica tradicional, parecía resultar del contraste entre esta vida «perecedera» y la eternidad—. Esta devaluación podía servir, por otra parte, para sublimar lo que era una situación (impuesta) de penuria real, que se sufría necesariamente, en la expresión de una austeridad moral, que se podía elegir libremente. Lo cierto es que el ascetismo ultramundano, y un desprecio del mundo que era perfectamente compatible con una disposición a ejercer dominio y autoridad sobre él, se llegó a convertir en un elemento familiar de la cultura castellana —al menos de la cultura «hidalgá», y, en menor medida, de la cultura campesina. Ahora bien, este elemento ascético, incluso como elemento retórico, está desapareciendo aceleradamente—. Que hoy en día el mundo es aceptado y valorado intensamente, que la adquisición y el disfrute de objetos materiales y la disminución del esfuerzo es no sólo una aspiración legítima, sino *la aspiración normal*: todo esto es claro para casi todos en el campo, algunos irreducibles aparte.

Esta (relativa) transformación ha sido influida considerablemente por los cambios que han tenido lugar en la iglesia misma, y en la posición relativa de la iglesia dentro de la vida rural.

El proceso de secularización de la vida rural durante estos años, una de cuyas consecuencias e índices más elocuentes es el descenso en las vocaciones religiosas y sacerdotales, ha sido el efecto, a su vez, de los propios cambios en la vida rural y de la crisis general por la que ha atravesado la iglesia católica en y fuera de España. Esta crisis se refleja en las nuevas generaciones de curas que han comenzado a aparecer en los pueblos desde mediados de los años 60. Al menos un sector de estos curas contradice o difiere considerablemente de las enseñanzas tradicionales en materia de política, ética sexual y evaluación general del mundo. Cuál sea la influencia real de estos curas, y de los curas en general, sobre los campesinos es materia abierta a discusión. A mi juicio esa influencia ha sido menor de lo que se suele pensar. En circunstancias normales el cura es reconocido

---

respetado... y mantenido a distancia. Y, con frecuencia, es tanto más respetado cuanto más distante se mantiene. En todo caso, y con relación al tema en cuestión, lo que sí cabe decir es que esta influencia (cualquiera que sea su contenido) se ve disminuida, actualmente, por el propio hecho de que sus mensajes ya no son unánimes, sino objeto de controversia.

Ahora bien, ese mundo en general que se amplía, y se valora cada vez más, posee una estructura peculiar. Y lo que me interesa subrayar ahora es que se trata de una estructura donde la ciudad ocupa el centro y se encuentra sobrevalorada, mientras que el pueblo ocupa la periferia y se halla relativamente devaluado. Si comparamos esta estructura de la percepción y la valoración de la realidad con la propia del orden tradicional, se ve que lo que ha ocurrido es una descentración del pueblo y el medio rural —lo que estaba en el centro ha quedado desplazado a un margen.

Que esto resulte en una incapacidad cada vez mayor de los pueblos para mantener los ritos de autoexaltación en que consistían las fiestas y mascaradas tradicionales, no puede, pues, extrañarnos. Estas fiestas mueren por consunción, por aburrimiento, de tristeza... y por una especie de sentido del ridículo (9).

Que en estas circunstancias, y volviendo a nuestro tema inicial, la emigración sea vista como un símbolo de todo lo que está ocurriendo en el campo, tampoco puede sorprendernos. Al fin y al cabo, la emigración tradicional afectaba, en cierto modo, sólo a los emigrantes. El pueblo y la sociedad agraria quedaban atrás, tal como eran, y su estabilidad resultaba reforzada por la misma emigración. Ahora, en cambio, todo se está «yendo»: en el sentido básico, de que todo se está transformando de acuerdo con, y orientado hacia, un mundo que está «fuera».

### III

Es difícil comprender las consecuencias de los cambios actuales de la vida rural sobre las actitudes políticas de los

---

(9) Ver, por ejemplo, Caro Baroja, 1968:131 ss.

campesinos sin una referencia, siquiera breve, al pasado reciente. Cualquiera que sea, por otra parte, el problema que nos ocupe, el punto de referencia obligado de la historia contemporánea española es la guerra civil, tanto más si se trata, como es el caso, de la vida política y la sociedad agraria. Debemos comenzar, pues, por recordar las actitudes beligerantes de los campesinos castellanos en aquella ocasión.

Como es bien conocido, y muy a grandes rasgos, el campesinado de la mitad norte del país (particularmente de Castilla y Navarra) llenó las filas del ejército nacionalista, cuyos cuadros medios y cuyos dirigentes se reclutaron entre las clases medias urbanas y las clases altas del país. Lo que ocurrió entonces, como lo que vino después, sólo puede ser entendido teniendo muy en cuenta aquella base popular del alzamiento militar, o, más exactamente, campesina, a la que sirviera de contrapartida la movilización de signo opuesto del proletariado rural del Sur (y, por supuesto, de los obreros en zonas urbanas y semiurbanas).

La actitud hostil de los campesinos castellanos con relación a la República, y, con mayor motivo, al frente popular, fue debida, a su vez, a varios factores, algunos de los cuales estaban relacionados con circunstancias específicas de los años 30, mientras que otros estaban vinculados a rasgos más permanentes de la vida rural en Castilla. Los motivos más próximos e inmediatos de su hostilidad pueden resumirse en la forma siguiente (10). En primer lugar hay que recordar que la gravedad del problema, por lo demás tradicional, de la venta del trigo, había sido exacerbada por una serie de circunstancias (tales como las caídas de precios de 1932 y 1934, combinadas con los efectos de las alzas salariales de 1932-1933 y 1936). A ello hay que añadir la reacción crítica de los campesinos frente a los proyectos de reforma agraria del Gobierno (por no hablar de la propaganda socialista y anarquista) y sus medidas de política agraria, que fueron interpretadas como amenazas cada vez más acuciantes al sistema de propiedad en general, y al de la mediana y

---

(10) Sobre estos acontecimientos ver Malefakis, 1971:306, 331, 379, 405, 421, 427 y 429.

pequeña propiedad en particular. Los campesinos castellanos tuvieron por otra parte, la impresión de que perdían el control de sus tierras y el control del mercado de trabajo junto con el control de sus pueblos y el control de sus escuelas. Y, en último término, los temas económicos y políticos se fusionaron con un tema religioso que fue dramatizado al máximo, en hechos y en palabras, tanto por la iglesia como por sus antagonistas.

Todos estos motivos de inquietud no hicieron, por lo demás, sino reforzar un sistema de disposiciones básicas que estaba enraizado en unas condiciones económicas y sociales tradicionales en la Castilla rural.

En primer lugar, estas condiciones económicas habían creado la necesidad de establecer alguna forma de control sobre el mercado del trigo (a través de precios garantizados, tarifas aduaneras, etc.), venciendo, si era preciso, la resistencia de regiones costeras y de comunidades urbanas interesadas en la importación de cereales a mejor precio. Al mismo tiempo, el conjunto de condiciones económicas y sociales hacían imposible que esta Castilla rural se organizara de forma tal que asegurase por sí misma la defensa de sus intereses. Formas más o menos conseguidas en su momento de democracia local, que nunca llegaron, por lo demás, a tener una proyección regional suficientemente amplia, quedaron arrinconadas, y a lo más sobrevivieron, como reliquias, los largos siglos del absolutismo regio y el régimen señorial, primero, del régimen liberal y el caciquismo, después. Las circunstancias de la vida local misma, dominada por el particularismo familiar a que ya me he referido y que se hizo cada vez más marcado con el paso del tiempo, no facilitaron la emergencia ni el desarrollo de movimientos de cooperación económica o social.

De este modo la combinación de una necesidad de control del mercado nacional y una imposibilidad de obtenerlo por sí mismos hizo de los campesinos castellanos un factor de presión sobre (y de apoyo a) un gobierno central y una autoridad política suprema para toda la nación. Cabe decir así que los campesinos proyectaron su propia impotencia

---



sobre aquellas autoridades, esto es, sobre un poder superior y exterior. Y esto es lo que, inspirándome en el análisis que hace Marx de los campesinos franceses de mediados del siglo XIX (Marx, 1955: 120 ss.) (y aunque con reservas importantes que no es del caso discutir ahora), llamaría «alienación política» de los campesinos castellanos —teniendo muy en cuenta que estamos ante un fenómeno que admite de variantes y de grado: grado que tampoco es necesario considerar que fuera siempre el mismo, ni que habitualmente fuera extremo (11).

Este campesinado relativamente impotente por sí mismo disponía, además, de algunos mecanismos adicionales por los que podía construir algunas experiencias de identificación con ese poder superior. Con ello me refiero a los mecanismos intermediarios constituidos por los caciques y los funcionarios, y, por supuesto, por los eclesiásticos (12). De hecho Castilla fue, y ha sido siempre, una cantera de cuadros de la administración, el ejército y la iglesia. Ocurrió de esta forma que las tendencias a la promoción social de los campesinos de la región fueron canalizadas a través de estas instituciones, y, en lógica correspondencia, los individuos que se comprometieron en esa estrategia de promoción se vieron impulsados por motivos de «poder» y de «status» más que de «riqueza» —al contrario de lo que pudo suceder en otras regiones más implicadas en el desarrollo capitalista, tales como las regiones periféricas mediterráneas—. Ello se convirtió en un rasgo cultural de cierta importancia dentro del sistema de valores de Castilla, al que correspondió un tono moral de austeridad, renuncia y ascetismo, así

---

(11) No uso la expresión en el sentido que lo hacen, por ejemplo, Almond y Verba (Almond y Verba, 1965:48-51 ss.) y que es bastante frecuente en la literatura anglosajona, sino en un sentido distinto y que es habitual (aunque no el único) en la literatura inspirada por análisis hegelianos y marxistas. Con ello me refiero a una relación doble de producción y de control entre un «sujeto» («actor») y un «objeto» («resultado de actividad»), por la cual el sujeto que produce (o contribuye a producir) el objeto pierde (en un grado u otro) el control sobre él. Sobre algunos de los problemas de este concepto de «alienación política», y sobre las reservas a las que aludo en el texto, ver Pérez Díaz, 1977.

(12) Estas instancias intermedias tienen una relación ambivalente con los campesinos: les «representan» y les «sustituyen», les «organizan» y les «dominan» les «protegen» y les «explotan». Sobre esta relación, ver Pérez Díaz, 1976a, donde pongo mayor énfasis en la dimensión de dominación-explotación.

---

como de autoritarismo —características que fueron, a su vez, consagradas y reforzadas muy especialmente por la propia iglesia.

De esta forma las actitudes políticas fundamentales de estos campesinos, tal como se revelaron antes de y durante la guerra civil bajo forma de lealtad a la iglesia y al movimiento católico, y bajo forma de adhesión a Franco y al fascismo agrario en alguna de sus variantes, estuvieron enraizadas en condiciones básicas de la vida tradicional y en experiencias seculares. Tales actitudes y sentimientos fundamentales fueron los del centralismo, anticapitalismo y antiobrismo, antiurbanismo en cierto modo, autoritarismo, clericalismo y cierta disposición a plantear conflictos de interés en términos religiosos y dramáticos.

De todo ello cabe deducir que la conducta política de este campesinado en aquellas circunstancias de los años 30 no fue provocada *simplemente* por la convergencia de una coyuntura económica desdichada, la división e incompetencia de la izquierda y la agresividad y las maniobras de la derecha. Pero por otra parte también hay que señalar que todos estos factores estuvieron presentes y fueron decisivos a la hora de configurar el ritmo de los acontecimientos y el contenido específico de la ideología y la conducta política en Castilla. Porque lo cierto es que entre aquellas condiciones y actitudes fundamentales antes mencionadas y la conducta efectiva tuvo lugar la «mediación» de la iglesia y de los varios partidos políticos —cuyas estrategias respondían, a su vez, de un lado a esquemas organizativos y valorativos más o menos ajustados a la sociedad campesina, y de otro lado a los aspectos varios y cambiantes de una situación económica deprimida y una situación política sumamente compleja y violenta.

Después de la guerra, como era de esperar, el campesinado castellano confirmó y reforzó su lealtad al nuevo régimen —y ello por varias razones—. Primero, a causa de una política agraria que le era en gran medida favorable: el Servicio Nacional del Trigo reguló y estabilizó el mercado del trigo (dejando de facto un margen muy beneficioso para aventurarse en el mercado negro durante los primeros años),

---

y, más tarde, el Servicio Nacional de Concentración Parcelaria inició la tarea de concentrar parcelas, sobre todo de propietarios minifundistas, cuyo interés fue pronto reconocido por los campesinos, una vez superada una fase inicial de resistencia. Segundo, a causa de que el contenido general y el estilo mismo de la política del nuevo régimen, y de sus protagonistas, correspondió, en buena medida, al conjunto de actitudes políticas básicas de los campesinos. El régimen fue, en efecto, autoritario y centralista, y reprimió la expresión y el desarrollo de conflictos sociales, a expensas, naturalmente, de aquellos a quienes el *statu quo* mantuviera en posición subordinada y dependiente, esto es, a expensas de los obreros agrícolas en sus relaciones con los campesinos. El régimen, asimismo, rindió homenaje y aceptó la influencia de la iglesia, e incluso fue capaz de expresar y canalizar parte de los sentimientos anticapitalistas de los campesinos limitando el desarrollo del capitalismo de libre competencia en el campo, y usando ciertas dosis de retórica anticapitalista y ello a pesar de que al mismo tiempo estuviera intensa y eficazmente comprometido en la tarea de impulsar el desarrollo capitalista del conjunto del país.

El panorama se alteró, sin embargo, a lo largo de los años sesenta —en correspondencia con otras alteraciones generales de orden económico, social y cultural—. En primer lugar, el poder enfatizó sus rasgos capitalistas y los rasgos propios al desarrollo de una burocracia relativamente moderna, en forma tal que la nueva «clase política» del régimen ni por su configuración y estilo, ni por el contenido de sus orientaciones políticas, estuvo en condiciones de «merecer», ni desde luego de recibir, la lealtad que estos campesinos habían mantenido, y aún mantenían, con relación a Franco.

En segundo lugar, y sobre todo, ocurrió que el campesinado mismo entró en la etapa de modificaciones profundas a la que me he referido en las páginas anteriores. En estas transformaciones se encuentra aún —aceleradas en algunos aspectos por, y en todo caso combinadas con, el fenómeno de desmoronamiento del régimen franquista que se presencia aparentemente hoy, y en cuyo análisis no voy a entrar aquí.

---

Es evidente que las condiciones económicas y sociales presentes implican una creciente secularización y urbanización de la vida rural, necesitan un uso continuo y explícito de cálculo y previsión racionales, y requieren organización e iniciativa tanto colectiva como individual. Parece así probable que, al menos, características tales como el clericalismo, los sentimientos hostiles hacia la ciudad y la cultura urbana, la disposición para permitir la «ideologización» de problemas económicos y sociales, y el autoritarismo (si no el centralismo mismo) se mitiguen por efecto de estos cambios, tanto más cuanto más se habitúe el campesinado a actuar como un grupo o una serie de grupos de interés. Si esto es así cabe presumir que este campesinado resulte, por lo pronto, mucho menos movilizable por las consignas conservadoras, dramáticas y autoritarias de antaño.

Por lo que se refiere a los sentimientos anticapitalistas y antiobreros, es probable que las nuevas condiciones estén influyendo de una manera ambigua —tanto más cuanto que se asiste a un proceso de diferenciación social (*a*) con una doble tendencia, la de los pequeños campesinos a convertirse en obreros industriales en la ciudad, y a la de los campesinos medios a convertirse en agricultores capitalistas pequeños, al tiempo que (*b*) ambas tendencias se ven amortiguadas y en cierta forma confundidas por el fenómeno del cooperativismo, como también, en estos últimos años setenta, por el descenso del ritmo del crecimiento industrial y de las oportunidades para la emigración.

A lo largo de este complejo proceso de diferenciación social pueden aparecer asimismo circunstancias críticas, tales como una depresión económica, que incrementen los costes del proceso de cambio y exacerben o mantengan en suspenso la crisis de identidad a que me estoy refiriendo. Que se exacerbe o se mantenga en suspenso puede depender de factores políticos y culturales: del marco político institucional, y de la influencia que pueden ejercer instancias culturales tales como, por ejemplo, y en primer término, la iglesia. El argumento que se puede desarrollar (y en parte testar) a partir de aquí es el siguiente: La combinación de una crisis social estructural como la que hemos venido

---

analizando con una recesión o incluso depresión económica puede reactivar en algunos segmentos del campesinado actitudes políticas análogas a las actitudes tradicionales que jugaron papel tan importante en la actividad política campesina los años treinta y en su pasividad política (relativa) durante la época del franquismo *sobre el supuesto de que* esa combinación crítica de condiciones económicas y sociales, y los descontentos e incertidumbres por ellas inducidos, puedan ser proyectadas contra un «enemigo exterior» que no pertenece a la «comunidad ética» de los campesinos y al que cabe hacer responsable de todos estos problemas. Las fuerzas políticas conservadoras y la iglesia identificaron típicamente este enemigo exterior con la república laica, el movimiento obrero y los regionalismos y nacionalismos periféricos —y los campesinos aceptaron esta identificación—. Esto ocurrió en los años treinta y siguió ocurriendo durante la mayor parte de la época franquista. Desde este punto de vista lo nuevo ahora es que ni la iglesia ni las fuerzas políticas predominantes están en condiciones (ni necesitadas) de proponer a los campesinos aquella identificación tradicional del enemigo exterior responsable de la crisis.

Dejando a un lado, por tanto, la hipótesis, improbable, de una regresión temporal a aquellas actitudes políticas tradicionales, cabe que concentremos la atención sobre la lógica interna y las *varias* posibilidades implícitas en el proceso de transformación del campo, y construir escenarios de mayor o menor complejidad, y con varios grados de probabilidad o de plausibilidad, que puedan servir de orientación tanto para la investigación como para la acción. Concluiré ahora con una breve observación a este respecto.

El futuro de los campesinos que están y/o creen estar en el proceso de convertirse en pequeños agricultores capitalistas puede ilustrar, una vez más, la ambigüedad de estos fenómenos de transformación. Cabe que se les considere como oscilando entre dos formas de percibirse y de percibir la realidad sumamente diferente —y entender que estas dos «conciencias posibles» son alternativas y, al tiempo, fases de su proceso de cambio—. El caso de los agricultores franceses, por ejemplo, puede ilustrar lo que quiero decir.

---

La experiencia de estos agricultores ha sido la siguiente: una vez que han dejado de ser campesinos (semi) tradicionales y se han convertido en «agricultores modernos» se han encontrado en la situación (a) de empresarios que obtenían penosamente unos ingresos similares a los de los obreros industriales cualificados o semi-cualificados, y ello a pesar de las inversiones muy onerosas que habían tenido que hacer para la modernización de sus fincas, y (b) de empresarios marginados o excluidos prácticamente de las decisiones fundamentales que condicionaban su supervivencia como tales empresarios: precios, subvenciones, infraestructura agraria, etc. Es decir, empresarios capitalistas sin (apenas) beneficios capitalistas, y sin (apenas) poderes reales de decisión.

Es ésta una experiencia que invita a reflexión. Porque lo que se deduce de ella, entre otras cosas, es que cabe la posibilidad de que la imagen de empresario capitalista que el campesino medio (y pequeño) ha podido adoptar en un momento dado, en parte como culminación de los sueños mismos del campesino tradicional autónomo, se le aparezca más tarde como un espejismo o «falsa conciencia» —y que precisamente, en la misma medida, estos campesinos se re-descubran como miembros de un *grupo* cuyo interés fundamental estriba *no sólo* en la conservación de unos márgenes de decisión para las unidades elementales de producción, sino también, y quizá sobre todo, en conseguir *como tal grupo* un control sobre las condiciones y el marco fundamental de su actividad, y, por lo pronto, sobre la estructura y los precios del mercado agrario: un control que a su vez tendría que ser pactado y discutido explícitamente con otros grupos del país (13).

---

(13) Pudiera verse una ilustración parcial de la discusión que acabo de hacer en acciones de protesta muy recientes que han sido protagonizadas por campesinos leoneses (y riojanos). Transcribo de la crónica del 22 de febrero de 1977 del corresponsal de *Diario 16* en Astorga (León): «A las seis de la tarde, 500 tractores leoneses se concentraban a la altura del kilómetro 315 de la carretera Madrid-La Coruña, en tanto que, una hora más tarde, alrededor de 800 interrumpían el tráfico en el cruce del Hospital de Orbigo, entre Astorga y León... Se prevén nuevas concentraciones durante el día de hoy en solidaridad con los campesinos afectados por la política agraria favorable a la importación de alubias y contraria a la exportación de patatas... La impresión dominante entre los campesinos es

## BIBLIOGRAFIA

### Referencias

- ALMOND, GABRIEL A., y VERBA, SIDNEY: *The civic culture*, Little, Brown, Co. Boston, 1965.
- BANFIELD, EDWARD C.: *The moral basis of a backward society*, The Free Press, New York, 1967.
- BRANDES, STANLEY, H.: *Migration, kinship and community*, Academic Press, New York, 1975.
- CARO BAROJA, JULIO: *Los vascos*, El Minotauro, Madrid, 1958.
- «Remarques sur la vie agraire en Andalousie», *Etudes Rurales*, núm. 10, 1963.
- Estudios sobre la vida tradicional española*, Península, Barcelona, 1968.
- DOUGLASS, WILLIAM A.: *Death in Mourelaga*, University of Washington Press, Seattle & London, 1969.
- FOSTER, GEORGE M.: «Peasant society and the image of limited good», *American Anthropologist*, núm. 67, 1965.
- FREEMAN, SUSAN TAX: *Dimensions of change in a Castilian village*, Tesis doctoral, Harvard University, 1965.
- Neighbors*, The University of Chicago Press, Chicago, 1970.
- FUNDACION FOESSA: *Informe sociológico sobre la situación social de España 1969*, Euroamérica, Madrid, 1970.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, JESÚS: *Sobre la agricultura de grupo en Castilla la Vieja: el caso de un pueblo organizado en régimen cooperativo*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1970.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA: *Informe de Rentas 1965*, Madrid, 1966.
- MALEFAKIS, EDWARD E.: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Ariel, Barcelona, 1970.
- MAX, KARL: *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1955.
- MINISTERIO DE AGRICULTURA: *La agricultura española en 1963*, Madrid, 1964.
- MINISTERIO DE AGRICULTURA: *La agricultura española en 1968*, Madrid, 1969.
- PÉREZ DÍAZ, VÍCTOR M.: *Estructura social del campo y éxodo rural. Estudio de un pueblo de Castilla*, Tecnos, Madrid, 1966.

---

que algunos eslabones de la Administración negocian con las exportaciones e importaciones y que jamás dan explicaciones a los productores». Y en otro despacho del mismo día, y en el mismo periódico, se dice: «Los agricultores leoneses han vuelto a concentrarse a las seis de esta mañana en Astorga, formando barricadas a ocho kilómetros de esta población en la carretera de Astorga a León. Fuerzas de la Guardia Civil han acudido al lugar de la concentración y un sargento se ha dirigido a los agricultores para decirles que estaban siendo manipulados por grupos políticos. Los agricultores han contestado que lo único que piden son precios justos para sus cosechas, y que cada uno piense como quiera». Así pues: acción de grupo, carácter profesional y económico de los objetivos, desinterés por y/o intento de evitar enzarzarse (por el momento) en discusión «ideológica», y actitud de protesta casi beligerante frente a la Administración.

---

- Emigración y sociedad en la Tierra de Campos*, Instituto de Desarrollo Económico, Madrid, 1969.
- Emigración y cambio social*, Ariel, Barcelona, 1971.
- Estructura social...*, 2.<sup>a</sup> ed., 1972.
- Pueblos y clases sociales en el campo español*, Siglo XXI de España, Madrid, 1974.
- Structure and change of peasant Castilian communities*, tesis doctoral, Harvard University, 1976a.
- «Peasant ethical cultures: a study on "irony" and multiple realities», Institute for Advanced Study, Princeton, New Jersey, 1976b.
- Marx's theory of the state and bureaucracy: a critical discussion*, McMillan (en prensa), London, 1977.
- PITT-RIVERS, JULIÁN: *The people of the Sierra*, Criterion Books, New York, 1954.
- Mediterranean countrymen*, Mouton, Paris- La Haye, 1963.
- SIGUÁN, MIGUEL: *El medio rural castellano y sus posibilidades de ordenación*, Servicio Nacional de Concentración Parcelaria y Ordenación Rural, Madrid, 1966.

### SUMMARY

*This article seeks to analyse the changing process of the farming communities of Castilla from a structural perspective and with a dynamic treatment. Specially, the author deals with the links between two dimensions of that structural change: on one hand the economic, social and political aspects of the process, on the other the cultural transformations.*

*Evolved commodities and labour markets have increased (from the 60's) the gap between large farmers and landless workers but the differences between workers and small farmers has narrowed down, and these have joined (or are joining) the migration flow.*

*The frequency of travel and the occurrence of mass-media (mainly T. V.) have introduced new elements and forced new values into the life of those communities.*

*Finally, the effects of the changing process on the farmers' political attitudes are looked at.*

### RESUMÉ

*Le processus de changement des communautés paysannes de la Castilla est analysé, dans cet article, avec une perspective structurelle*

---



*et dynamique. L'auteur s'intéresse spécialement aux liaisons entre les aspects économiques, sociaux et politiques du changement des structures et les transformations culturelles qu'on aperçoit au monde rural.*

*Les nouvelles conditions des marchés du travail et des produits agricoles ont augmentés les différences entre grands paysans et labourers à la fois qu'ils ont amoindri celles qu'il y avait entre petits paysans et labourers lorsqu'ils se trouvent également forcés à la migration.*

*Les voyages et la télévision ont introduit des nouveaux éléments et des nouvelles valeurs dans la vie de ces communautés.*

*Finalment on considère l'effet du processus de changement sur les attitudes politiques des paysans.*

